

Una vez concluidas las dos barricadas, y enarbolada la bandera, sacaron una mesa fuera de la taberna, y Courfeyrac subió sobre esta mesa. Enjolras trajo entonces el cofre cuadrado y Courfeyrac le abrió. Aquel cofre estaba lleno de cartuchos. Cuando vieron los cartuchos, hubo un estremecimiento de gozo entre los más valientes y un momento de silencio.

Courfeyrac los distribuyó sonriendo.

Cada uno recibió treinta cartuchos. Muchos tenían pólvora, y se pusieron á hacer otros cartuchos con las balas que se fundian. Por lo que hace al barril de pólvora, estaba sobre una mesa aparte, junto á la puerta, y se le dejó en reserva.

El toque de llamada, que recorría todo Paris, no cesaba un instante de sonar, pero habia concluido por no ser otra cosa que un ruido monótono al cual no prestaban ya ninguna atencion. Este ruido, ora se alejaba, ora se acercaba, como siguiendo lúgubres undulaciones.

Cargaron los fusiles y las carabinas, todos á la vez, pero sin precipitacion, con una gravedad solemne. Enjolras fué á colocar tres centinelas fuera de las barricadas, una en la calle de la Chanvrerie, la segunda en la calle de los Predicadores, y la tercera en la esquina de la Petite-Truanderie.

Despues, construidas ya las barricadas, señalados los puestos, cargados los fusiles, colocadas las centinelas, solos en aquellas calles pavorosas por donde ya nadie pasaba, rodeados de aquellas casas mudas y como muertas, donde no palpataba ningun movimiento humano, envueltos en las sombras crecientes del crepúsculo que comenzaba, en medio de aquella oscuridad y de aquel silencio donde se sentia aproximarse algo, y que tenia un no sé qué de trágico y de aterrador, aislados, armados, resueltos, tranquilos, esperaron

## VI

## ENTRE TANTO

En estas horas de espera, ¿qué es lo que hicieron? Preciso será que lo digamos, pues que esto es histórico. Miétras que los hombres hacian cartuchos y las mujeres hacian hilas; miétras que en un hornillo en ascuas humeaba una grande cacerola llena de estaño y de plomo derretidos con destino al molde de las balas; miétras que las centinelas velaban arma al brazo sobre la barricada; miétras que Enjolras, imposible de distraer, velaba á su vez sobre las centinelas, Combeferre, Courfeyrac, Juan Prouvaire, Feuilly, Bossuet, Joly, Bahorel, y algunos otros más se buscaron y se reunieron, como en los días más apacibles de sus tertulias estudiantinas, y en un rincón de aquella taberna-figon convertida en casamata, á dos pasos del reducto que habian levantado, con sus carabinas cargadas y cebadas, apoyándolas en el respaldo de sus sillas respecti-



vas, aqu'los excelentes jóvenes, tan próximos á una hora  
suprema, se pusieron á recitar versos de amor.

¿ Qué versos ? Hélos aquí :

Vous rappelez-vous notre douce vie  
Lorsque nous étions si jeunes tous deux,  
Et que nous n'avions au cœur d'autre envie  
Que d'être bien mis et d'être amoureux ;

Lorsqu'en ajoutant votre âge à mon âge,  
Nous ne comptions pas à deux quarante ans,  
Et que, dans notre humble et petit ménage,  
Tout, même l'hiver, nous était printemps ?

Beaux jours ! Mannel était fier et sage,  
Paris s'asseyait à de saints banquets,  
Foy lançait la foudre, et votre corsage  
Avait une épingle où je me piquais.

Tout vous contemplait. Avocat sans causes  
Quand je vous menais au Prado dîner,  
Vous étiez jolie au point que les roses  
Me faisaient l'effet de se retourner.

Je les entendais dire : Est-elle belle !  
Comme elle sent bon ! quels cheveux à flot !  
Sous son mantelet elle cache une aile ;  
Son bonnet charmant est à peine éclo.

J'étais avec toi, pressant ton bras souple.  
Les passants croyaient que l'amour charmé  
Avait marié, dans notre heureux couple,  
Le doux mois d'avril au beau mois de mal.

Nous vivions cachés, contents, porte close,  
Dévorant l'amour, bon fruit défendu ;  
Ma bouche n'avait pas dit une chose,  
Que déjà ton cœur avait répondu.

La Sorbonne était l'endroit bucolique  
Où je t'adorais du soir au matin.  
C'est ainsi qu'une âme amoureuse applique  
La carte du Tendre au pays latin.

O place Maubert ! O place Dauphine !  
Quand, dans le taudis frais et priantier  
Tu tirais ton bas sur ta jambe fine,  
Je voyais un astre au fond du grenier.

J'ai fort lu Platon, mais rien ne m'en reste ;  
Mieux que Malebranche et que Lamennais  
Tu me démontrais la bonté céleste  
Avec une fleur que tu me donnais.

Je t'obéissais, tu m'étais soumise.  
O grenier doré ! te lacer ! te voir  
Aller et venir dès l'aube en chemise,  
Mirant ton front jeune à ton vieux miroir !

Et qui donc pourrait perdre la mémoire  
De ces temps d'aurore et de firmament,  
De rubans, de fleurs, de gaze et de moire,  
Où l'amour bégaye un argot charmant !

Nos jardins étaient un pot de tulipe ;  
Tu masquais la vitre avec un jupon ;  
Je prenais le bol de terre de pipe  
Et je te donnais la tasse en japon.

Et ces grands malheurs qui nous faisaient rire !  
Ton manchon brûlé, ton boa perdu !  
Et ce cher portrait du divin Shakspeare  
Qu'un soir pour souper nous avons vendu !

J'étais mendiant et toi charitable.  
Je baisais au vol tes bras frais et ronds.  
Dante in-folio nous servait de table  
Pour manger galement un cent de marrons.

La première fois qu'en mon joyeux bouge  
Je pris un baiser à ta lèvre en feu,  
Quand tu t'en allas décoiffée et rouge,  
Je restai tout pâle et je crus en Dieu

Te rappelles-tu nos bonheurs sans nombre,  
Et tous ces fichus changés en chiffons ?



Oh! que de soupirs. de nos cœurs pleins d'ombre,  
Se sont envolés dans les cieus profonds ! !

La hora, el sitio, estos recuerdos de la juventud renovados, algunas estrellas que empezaban á brillar en el cielo, el fúnebre reposo de aquellas calles desiertas, la inminencia de la aventura inexorable que se preparaba, daban un patético encanto á estos versos murmurados á média voz en la média luz del crepúsculo por Juan Prouvaire que, segun hemos dicho, era un poeta lleno de ternura.

¡ Te acuerdas de nuestra dulce vida, cuando éramos aún ambos tan jóvenes, y que no abrigáramos en nuestros corazones otros deseos que el de ir bien puestos y el de ser amados ;

Cuando, sumando con mi edad la tuya, no reuníamos siquiera cuarenta años, y que, en nuestro humilde y pequeño albergue, todo, hasta el invierno, era primavera para nosotros ?

¡ Hermosos dias! Manuel reunía la prudencia á la arrogancia, París celebraba santos banquetes, Foy lanzaba truenos y rayos, y en el cuerpo de tu vestido habia un afiler donde yo me picaba.

Todo hacia de ti objeto de contemplacion. Abogado sin pleitos, cuando te llevaba á comer al Prado, estabas tan hermosa, que hasta las rosas me parecia que se volvían para mirarte ;

Y yo las oía decir : ¡ Qué bellisima es ! ¡ qué rica fragancia exhala ! ¡ qué magnífica y undosa cabellera ! Sin duda oculta las alas bajo los pliegues de su manteleta ; apénas si está abierta su linda papalina.

Yo marchaba contigo á la ventura, estrechando con el mio tu flexible brazo. Los transeúntes creían que, en nuestra dichosa pareja, el amor, ebrio de encantos, habia desposado al dulce Abril con el delicioso Mayo.

Vivíamos retirados, contentos, á puerta cerrada, devorando el amor, hermoso y vedado fruto ; apénas mi labio habia pronunciado una palabra, cuando tu corazon habia ya respondido.

La Sorbona era el sitio bucólico donde yo te adoraba desde por la mañana hasta la noche. Así es cómo un alma amorosa aplica el mapa del Tendre (tierno) en el país latino.

¡ Oh plaza Maubert ! ¡ Oh plaza Dauphine ! Cuando, en nuestro chi-

Entre tanto, habian encendido una lamparilla en la barricada pequeña, y, en la grande, una de esas hachas de eera semejantes á las que se acostumbra poner el mártel de carnaval en la delantera de los coches cargados de máscaras que van á la Courtille. Estas hachas, como se ha visto ya, venian del arrabal de San Antonio.

Habian colocado el hacha en una especie de jaula ó caja formada con adoquines, cerrada por tres lados, á fin de preservarla contra el viento, y dispuesta de tal modo que toda la luz caia sobre la bandera. La calle y la bar-

ribital fresco y primaveral, te estirabas la média sobre tu pierna delicada, distinguía yo un astro en el fondo del granero.

He leído mucho á Platon, pero nada me queda de él ; mejor que Malebranch y que Lamennais me demostrabas tú la bondad celeste al darme una tor.

Yo te obedecía, y tú me estabas sumisa. ¡ Oh dorado desvan ! ¡ encordonar tu corsé ! ¡ verte ir y venir desde el alba en camisa, mirando tu frente jóven en tu vetusto espejo !

¿ Quién pues podría borrar de la memoria aquellos dias de aurora y de firmamento, de cintas, de flores, de gasa y de moaré, en que el amor balbuciente pronuncia un *argot* delicioso ?

Nuestros jardines consistian en una maceta de tulipanes ; tú tapabas la vidriera con una enagua ; yo tomaba el tazon de loza ordinaria y te daba á ti la taza de porcelana del Japon.

¡ Y aqueilas grandes desgracias que nos hacian reir ! ¡ tu mantenido quemado, tu boa perdido ! ¡ y aquel retrato querido del divino Shakepeare que vendimos una noche para cenar !

Yo siempre mendigaba, y tú eras conmigo caritativa. Yo te besaba al cuello tus frescos y torneados brazos. Un tomo en folio del Dante nos servia de mesa para comer alegremente un ciento de castañas.

La primera vez que en mi alegre tabuco imprimí un beso en tus labios de fuego, cuando tú te fuiste, despeñada y de un rojo subido matizadas tus mejillas, yo quedé enteramente pálido, y creí en Dios !

¿ Te acuerdas de nuestras dichas sin cuento, y de todos aquellos volantes y fichús arrugados ? ¡ Oh ! cuántos suspiros volaron á los cielos profundos, de nuestros corazones llenos de sombra !



ricada quedaban sumergidas en la oscuridad, sin que se viera nada más que la bandera roja formidablemente alumbrada como una enorme linterna sorda.

Esta luz añadía al color escarlata de la bandera cierto matiz de púrpura terrible.



## VII

EL HOMBRE RECLUTADO

CALLE DE BILLETES

La noche había ya cerrado enteramente, y nada se presentaba aún. Sólo se oían confusos rumores, y de vez en cuando algunos fuegos de fusilería, pero raros, poco nutridos y lejanos. Esta tregua, que así se prolongaba, era señal de que el gobierno ganaba tiempo y estaba reuniendo sus fuerzas. Aquellos cincuenta hombres esperaban sesenta mil.

Enjolras se sintió acometido de esa impaciencia que se apodera de las almas fuertes al acercarse los acontecimientos formidables. Fué adonde estaba Gavroche, quien se había puesto á fabricar cartuchos en la sala baja, á la dudosa claridad de dos velas de sebo, colocadas sobre el mostrador, por precaucion, á causa de la pólvora esparcida sobre las mesas. Aquellas dos velas no enviaban ni un solo rayo de luz al exterior. Además, los insurrectos ha-



bían tenido especial cuidado de no encender luz ninguna en los pisos superiores de la casa.

Hallábase Gavroche á la sazón muy preocupado, aunque no precisamente de sus cartuchos.

El hombre de la calle de Billettes acababa de entrar en la sala baja y había ido á sentarse junto á la mesa ménos alumbrada. Háblele tocado en suerte un fusil de municion gran-modelo, que tenía entre sus rodillas. Hasta este momento, Gavroche, distraído por cien cosas « divertidas, » ni siquiera había visto á aquel hombre.

Cuando este entró, Gavroche le siguió maquinalmente con la vista, admirando su fusil, y despues, cuando el hombre se hubo sentado, el gamin se levantó bruscamente. Los que hubieran espiado los movimientos de aquel hombre hasta este instante, le habrían visto observando todo en la barricada y en la banda de los insurrectos con una atención singular; pero desde el momento en que había penetrado en la sala, había entrado como en una especie de recogimiento, y parecía no ver ya nada de cuanto allí pasaba. El gamin se aproximó á aquel personaje pensativo y se puso á dar vueltas al rededor de él, andando sobre las puntas de los piés, como se anda junto á álguien á quien se teme despertar. Al mismo tiempo pasaban por su semblante infantil, tan descarado, y tan serio á la vez, tan aturdido y tan profundo, tan alegre y tan aflitivo, todos esos gestos de viejo que significan: — ¡Vaya, qué! — ¡no es posible! — ¡estoy alucinado! — ¡es que sueño! — ¿sería él por ventura?... — ¡no, no es él! — ¡pero sí, es él! — ¡qué, no! etc. Gavroche se balanceaba sobre sus talones, apretaba ambos puños dentro de sus bolsillos, removía el cuello como un ave, y consumía en un bello desmesurado toda la sagacidad de su labio inferior. Hallábase estupefacto, incierto, incrédulo, convencido, ofuscado. Tenía el semblante del jefe de los eunucos que en el mercado de las esclavas descubre una

Vénus entre unas cuantas mujeres obesas, y el gesto de un aficionado reconociendo á un Rafael en un monton de cuadros mamarrachos. Todo trabajaba á la sazón en su cerebro, el instinto que olfatea y la inteligencia que combina. Era evidente que algun acontecimiento extraordinario acaecía á Gavroche.

En lo más fuerte de esta grave preocupacion fné cuando Enjolras se acercó á él.

— Tú eres pequeño, le dijo Enjolras, y no te verán. Sal de las barricadas, deslízate á lo largo de las casas, recorre un poco las calles inmediatas y vuelve á decirme lo que pasa.

Gavroche se empinó sobre sus caderas.

— ¡Conque los pequeños son buenos para algo! ¡qué dicha! ¡ya voy corriendo! Entre tanto fiese usted de los pequeños, pero desconfie de los grandes... — Y levantando la cabeza mientras que bajaba la voz, Gavroche añadió, señalando al hombre de la calle de Billettes:

— Repare usted bien en ese grande.

— ¿Y bien?

— Ese es un espía.

— ¿Estás seguro de ello?

— No hace quince días que me arrancó, por la oreja, de la cornisa del puente Real, donde yo estaba tomando el aire.

Enjolras se separó vivamente del gamin, y murmuró algunas palabras en tono muy bajo á un obrero del puerto de los vinos que se hallaba allí. El óbrero salió de la sala, volvió á entrar casi en seguida acompañado de otros tres. Los cuatro hombres, que eran cuatro mozos de cordel de anchas espaldas, fueron á colocarse, sin hacer nada que pudiera llamar su atención, detras de la mesa donde estaba apoyado de codos el hombre de la calle de Billettes. Evidentemente se hallaban ellos dispuestos á lanzarse sobre él.



Entonces Enjolras se acercó al hombre y le preguntó de improviso :

— ¿ Quién es usted ?

A esta pregunta brusca, el hombre tuvo un sobresalto. Lanzó una mirada sumergiéndola hasta el fondo de la cándida pupila de Enjolras, y pareció penetrar su pensamiento. Se sonrió con una sonrisa que era todo lo más desdeñoso, lo más enérgico y resuelto que es posible imaginar, y respondió con gravedad altanera :

— Ya veo lo que esto significa... ¡ Pues bien, sí !

— ¿ Usted es un espía ?

— Yo soy agente de la autoridad.

— ¿ Su nombre de usted es... ?

— Javert.

Enjolras hizo una seña á los cuatro hombres. En un abrir y cerrar de ojos, ántes que Javert tuviera tiempo de volverse siquiera, fué agarrado por el cuello, derribado en tierra, atado fuertemente y registrado.

Encontráronle una tarjeta redonda encerrada entre dos cristales, la cual llevaba en un lado grabadas las armas de Francia, con esta leyenda : *Inspeccion y vigilancia*, y en el otro lado esta mencion : JAVERT, inspector de policía, de edad de cincuenta y dos años, y la firma del prefecto de policía de aquella época, M. Gisquet.

Ademas llevaba su reloj y su bolsa, la cual contenia algunas monedas de oro. Dejánrole la bolsa y el reloj. Detras del reloj, en el fondo del bolsillo, tentaron y cogieron un papel envuelto en un sobre, que Enjolras desdobló, y en el cual leyó estas cinco líneas escritas de la mano misma del prefecto de policía :

« Luégo que hubiere desempeñado su mision política, el inspector Javert se asegurará, por medio de una vigilancia especial, de si es cierto que unos malhechores

» frecuentan y rondan el ribazo de la orilla derecha del » Sena, en las cercanias del puente de Iena. »

Cuando concluyeron de registrarle, levantaron de pié á Javert, le ligaron bien los brazos detras de la espalda, y le ataron en medio de la sala baja á aquel célebre pilar que habia dado su nombre en otro tiempo á la taberna.

Gavroche, que habia asistido á toda esta escena, y que todo lo habia aprobado con un movimiento de cabeza silencioso, se aproximó á Javert y le dijo :

— Ahora es el raton el que ha cogido al gato.

Todo esto se habia ejecutado tan rápidamente, que ya estaba terminado cuando llegó á conocimiento de las personas que se hallaban al rededor de la taberna. Javert no habia dado ni un solo grito. Al ver á Javert atado al poste, Courfeyrac, Bossuet, Joly, Combeferre, y los hombres distribuidos en las dos barricadas, acudieron á aquel sitio.

Javert, respaldado en el poste, y tan rodeado de cuerdas que no podia hacer el menor movimiento, levantó la cabeza con la intrépida serenidad del hombre que jamas ha mentido.

— Es un espía, dijo Enjolras.

Y volviéndose hácia Javert, añadió :

— Será usted fusilado diez minutos ántes que nos tomen la barricada.

Javert replicó con su tono más imperioso

— ¿ Y por qué no ahora ?

— Para economizar la pólvora.

— Entónces, acabad conmigo de una puñalada.

— Espía, dijo el hermoso Enjolras, nosotros somos jueces, y no asesinos.

En seguida llamó á Gavroche y le dijo :

— ¡ Tú ! ¡ anda vé á tu comision ! Haz lo que te he dicho.



— Ya voy, contestó Gavroche.

Y deteniéndose en el momento de partir :

— ¡Á propósito, dijo, me dará usted su fusil! Y añadió : Yo le dejo á usted el músico, pero quiero su clarinete.

El gamin hizo el saludo militar y atravesó alegremente la escotadura de la grande barricada.

## VIII

VARIOS PUNTOS INTERROGANTES Á PRÓPOSITO DE UN TAL EL CABUC, QUE TAL VEZ NO SE LLAMABA EL CABUC

La pintura trágica que hemos emprendido no sería completa, el lector no vería en su relieve exacto y real esos grandes momentos de aborto social y de parto revolucionario donde está la convulsion mezclada con el esfuerzo, si omitiéramos, en el esbozo que aquí estamos bosquejando, un incidente lleno de cierto horror épico y feroz que acaeció casi inmediatamente despues de haber salido Gavroche.

Los grupos, como es sabido, son semejantes á las bolas de nieve, y segun van rodando, aglomeran y se asimilan una porcion de hombres tumultuosos. Estos hombres no se preguntan jamas entre sí de dónde vienen. Entre los transeuntes que se habian reunido al grupo que conducian Enjolras, Combeferre y Courfeyrac, figuraba un ser que llevaba la chaqueta del mozo de cordel, usada,



sobre los hombros, que gesticulaba y gritaba, y tenía el semblante de una especie de borracho salvaje. Aquel hombre, á quien daban el nombre ó el apodo de El Cabuc, y que por lo demas era enteramente desconocido de cuantos creían conocerle, muy ebrio, ó á lo ménos, aparentando estarlo, se habia sentado con algunos otros á una mesa que habian sacado fuera de la taberna. Este Cabuc, miéntras que hacía beber á los que con él estaban, parecia considerar con ademán reflexivo la grande casa del fondo de la barricada cuyos cinco pisos dominaban toda la calle y daban frente á la calle de Saint-Denis. De repente exclamó :

— ¿Camaradas, no saben ustedes lo mejor? desde esa casa grande es desde donde convendría tirar. ¡ Cuando estuviéramos nosotros allá arriba en las ventanas, el diablo me lleve si nadie avanza en la calle!

— Sí, pero la casa está cerrada, dijo uno de los bebedores.

— ¡Llamaremos!

— No abrirán.

— ¡Echaremos la puerta abajo!

Diciendo y haciendo, El Cabuc corrió hácia la puerta, la cual tenía un enorme picaporte macizo, y llamó. La puerta permanecía cerrada. Llama segunda vez. Nadie responde. Da un tercer golpe. Continúa el mismo silencio.

— ¿Hay alguien aquí? gritó El Cabuc.

Nada se mueve.

Entónces echa mano á un fusil y empieza á golpear la puerta á culatazos. Era una antigua puerta de avenida, cimbrada, baja, estrecha, sólida, toda ella de encina, forrada en el interior con una plancha de hierro colado y de una armazon de hierro batido; una verdadera porterna de bastilla. Los culatazos hacian temblar la casa, pero no conmovian la puerta.

Es probable sin embargo que los habitantes se habian alarmado, pues al cabo se vió alumbrada primero y abrirse despues una ventanilla cuadrada en el tercer piso, y aparecer por aquella ventana una vela encendida y la cara compungida y asustada de un pobre hombre con cabello gris que no era otro que el portero de la casa.

El hombre que llamaba á golpes se interrumpió :

— ¿Qué es lo que ustedes quieren, señores? preguntó el portero.

— ¡Abre! contestó El Cabuc.

— Señores, eso no puede ser.

— ¡Abre de todos modos!

— ¡Imposible, señores!

El Cabuc tomó su fusil y apuntó con él al portero; pero como él se hallaba abajo, y la noche estaba muy oscura, el portero no le vió apuntar.

— ¿Quieres abrir, sí ó no?

— ¡No, señores!

— ¿Dices que no?

— Digo que no, mis buenos...

El portero no pudo concluir la frase. El tiro habia sido disparado ya, entrándole la bala bajo la barba y saliéndole por la nuca, despues de haberle atrevesado la yugular. El viejo inclinó de repente la cabeza sin lanzar siquiera un suspiro. La vela de sebo que tenía en la mano cayó y se apagó, sin que se viera ya nada más que una cabeza inmóvil colgando del borde del ventanillo y un poco de humo blanquizco que se elevaba hácia el tejado.

— ¡ Ahí tienes! dijo El Cabuc, dejando caer de golpe en el suelo la culata de su fusil.

Apénas habia él pronunciado esta palabra, cuando sintió una mano que se apoyaba sobre su hombro con la pesantez de una garra de águila, y oyó una voz que le decia :



— ¡Arrodillate!

El homicida se volvió y se halló frente al rostro blanco y sereno de Enjolras. Enjolras tenía una pistola en la mano.

Al oír la detonación, se había apresurado á venir á aquel sitio.

Informado de lo que era, había empuñado con su mano izquierda el cuello, la blusa, la camisa y el tirante del Cabuc.

— ¡De rodillas! repitió.

Y con un movimiento soberano, el frágil jóven de veinte años dobló como una caña al jayan corpulento y robusto y le arrodilló en el lodo. El Calbuc trató de resistirse, pero parecía que se hallaba apresado por un puño sobrehumano.

Pálido, el cuello desnudo y esparcido el cabello, Enjolras, con su rostro de mujer, tenía en este momento un no sé qué de la Thémis antigua. Sus fosas nasales hinchadas, sus ojos bajos, daban á su implacable perfil griego esa expresión de ira y esa expresión de castidad que, bajo el punto de vista del mundo antiguo, convienen á la justicia.

Toda la barricada había acudido allí inmediatamente, todos se habían colocado en círculo, á cierta distancia, conociendo que era imposible pronunciar una palabra ante el suceso que iban á presenciar.

El Cabuc, vencido, no probaba ya á moverse siquiera, y le temblaban todos sus miembros. Enjolras le soltó, y sacó el reloj.

— Recógete, le dijo. Reza ó piensa. Tienes un minuto de vida.

— ¡Perdon! murmuró el asesino, en seguida bajó la cabeza y pronunció balbuciente algunos ternos y juramentos inarticulados.

Enjolras no apartó la vista del reloj; dejó pasar el minuto, y despues volvió á meterse el reloj en el bolsillo.

Hecho esto, cogió por el cabello al Cabuc, el cual se hacía un peloton contra sus rodillas aullando, y le aplicó en el oído el cañon de su pistola. Muchos de aquellos hombres intrépidos, que tan tranquilamente habían tomado parte activa en la más espantosa de las aventuras, volvieron la cabeza.

Oyóse la explosión, el asesino cayó en tierra dando con la frente en el empedrado, y Enjolras levantó la cabeza, paseando en derredor su mirada austera y llena de convicción.

En seguida empujó el cadáver con el pié y dijo:

— Echad eso allá afuera.

Tres hombres levantaron el cuerpo del miserable que aún agitaban las últimas convulsiones maquinales de la vida espirada, y le arrojaron por encima de la barricada chica á la callejuela de Mondétour.

Enjolras había quedado pensativo. No se sabe qué especie de tinieblas grandiosas se esparcían lentamente por su formidable serenidad. De improviso elevó la voz. Todos guardaron profundo silencio.

— Ciudadanos, dijo Enjolras, lo que ese hombre ha hecho es espantoso, y lo que yo he hecho es horrible. Él ha matado, y por eso le he matado yo. Mi deber ha sido obrar de este modo, pues la insurrección debe de tener su disciplina. Aquí, más que en ninguna otra parte, es un crimen el asesinato; nos hallamos bajo las miradas de la revolución, somos los sacerdotes de la república, somos las víctimas, las verdaderas hostias del deber, y es preciso á todo trance que nadie pueda calumniar nuestro combate. Por eso he juzgado y he condenado á muerte á este hombre. Por lo que hace á mí, obligado á ejecutar lo que he ejecutado, pero teniendo de ello un grande horror, me he juzgado también, y pronto veréis á lo que me he condenado.



Todos los que le escuchaban se estremecieron.

— Nosotros participaremos de tu misma suerte, dijo Combeferre.

Está bien, repuso Enjolras. Una palabra más. Al ejecutar á este hombre, he obedecido á la necesidad; pero la necesidad es un monstruo del viejo mundo, la necesidad se llama Fatalidad. Ahora bien, la ley del progreso consiste en que todos los monstruos desaparezcan ante los ángeles y que la Fatalidad se desvanezca ante la Fraternidad. Este es un mal momento para pronunciar la palabra amor. No importa, yo la pronuncio y la glorifico. Amor, á ti te pertenece el porvenir. Muerte, yo me sirvo de ti, pero te aborrezco. Ciudadanos, en el porvenir no habrá tinieblas, ni rayos, ni feroz ignorancia, ni sangriento talion. Como ya no habrá Satanás, tampoco habrá Miguel. En el porvenir, nadie matará á nadie, la tierra estará radiante, el género humano amará. Llegará, ciudadanos, ese día en que todo será concordia, armonía, luz, alegría y vida, vendrá, y para que él venga, vamos nosotros á morir.

Enjolras calló. Sus labios de virgen volvieron á cerrarse, y permaneció algún tiempo de pié en el mismo sitio en que había derramado la sangre, en una inmovilidad de mármol. Su mirada fija dió ocasion á que hablaran en voz baja los que le rodeaban.

Juan Prouvaire y Combeferre se estrechaban la mano silenciosamente, y, apoyados uno contra otro en la esquina de la barricada, consideraban con una admiracion en la cual habia algo de compasion á aquel jóven grave, verdugo y sacerdote, compuesto de luz como el cristal, y de roca tambien.

Diremos desde luego que más adelante, despues de la accion, cuando los cadáveres fueron conducidos á la *Mergue* y registrados, se encontró en el del Cabuc una

tarja de agente de policia. El autor de este libro ha tenido en sus manos, en 1848, el informe especial dirigido sobre este asunto al prefecto de policia de 1832.

Añadamos que, si hemos de dar crédito á una extraña tradicion de la policia, pero probablemente fundada, El Cabuc no era otro que Claquesous. Lo cierto es que, á partir de la muerte del Cabuc, no volvió ya á hablarse nunca de Claquesous. Claquesous no ha dejado ninguna huella de su desaparicion; diriase que se habia amalgamado con lo invisible. Su vida habia sido toda ella tinieblas, su fin fué una verdadera noche.

Todo el grupo insurrecto se hallaba aún afectado por la emocion causada por este proceso trágico tan pronto instruido y tan pronto terminado, cuando Courfeyrac volvió á ver en la barricada al jovenzuelo que por la mañana le habia preguntado en su casa por Marius.

Aquel muchacho, con trazas de atrevido é indiferente, habia venido por la noche á unirse con los insurrectos.